

dichosos vasallos de Castilla. Con todo, aún después de haber perdido imprudentemente el prestigio que la conducta de Colon les había conquistado, habrían quedado también impunes sus desórdenes y opresión, si hubiesen á lo ménos practicado la última de sus advertencias: la de no separarse jamás, ni dormir nunca fuera del fortín (1).

## § II.

El Almirante nombró una comisión compuesta de dos ingenieros, un arquitecto y un constructor de buques, bajo la presidencia de Melchor Maldonado, sobrino del Cosmógrafo, para que le presentaran un dictámen topográfico acerca del sitio más oportuno para el establecimiento de una ciudad. Mientras que la comisión estudiaba la costa, que bordeaba con la lancha, atracó cerca de ellos un bote tripulado por dos indígenas. El piloto reconoció en uno de ellos al hermano de Guacanagari, quien iba á suplicar á los extranjeros que bajaran y fueran á ver al rey, detenido en cama por su herida. Maldonado, acompañado de los miembros de la comisión, desembarcó en seguida, y fué al pueblo, residencia del monarca, compuesto de unas cincuenta casas. Encontraronle tendido en su hamaca, rodeado de siete mujeres. Demostró su pesar por no ver al Almirante, contóles que Caonabo y Mayreni habían asesinado á los cristianos, y le habían herido también á él. Enseñábase su pierna vendada y parecía padecer llevando la mano á ella. Los miembros de la comisión creyeron en la sinceridad de sus palabras. Despidiéndose de ellos, les regaló á cada uno una joya de oro, y les encargó dijera al Almirante que le agradecería mucho su visita, pues que él no se hallaba en estado de ir á encontrarle. Independientemente de estas instancias, envió Guacanagari á su hermano cerca del Almirante, para hacerle una invitación directa.

El día siguiente, después de comer, mandó el Almirante á los diez y siete capitanes de las carabelas que bajaran á tierra de gran uniforme. Él desembarcó también con su estado mayor, cuyos ricos trajes habrían sido también notados hasta en una ciudad grande. Jamás descuidaba nada de lo que podía producir buen efecto. También había preparado algunos regalos. La brillante comitiva llegó á la habitación del rey, que se había dispuesto á propósito para recibir al Almirante.

(1) «Esto no obstante vivieron de esta manera mientras que estuvieron unidos y permanecieron juntos; pero tan pronto como desobedecieron á su capitán, y penetraron en el país, poco á poco, desviados y separados unos de otros, fueron todos muertos y asesinados.»—Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias occidentales*, lib. II, cap. XII.—Traducción de Juan Poleur.

Cuando se presentó Colon, sin moverse Guacanagari de su hamaca de red de algodón, hizo desde su sitio las más expresivas demostraciones de cortesía. Al expresar su sentimiento por la muerte de los cristianos, sus ojos se llenaron de lágrimas. Describió su fin deplorable, y no olvidó los esfuerzos intentados para socorrerles. Enseñábase las cicatrices bastante recientes de varios de sus súbditos, y los vendajes que cubrían su pierna herida. Como el doctor Chanca, primer médico de la escuadra, había acompañado á Colon, trayendo consigo un cirujano de marina, el Almirante dijo al rey que los dos eran muy hábiles en curar las heridas, y le invitó para que enseñara la suya. Hizolo de buena gana, pero al doctor Chanca le pareció que no había suficiente luz en aquella habitación, y que estarían mejor al aire libre para examinarla bien. Apoyándose entonces en el brazo del Almirante, salió el Cacique. Luego que estuvo sentado; el cirujano quitó las vendas. Guacanagari dijo á Colon que la herida era de una pedrada, pero no se veía ninguna huella de contusión ó de magulladura. Sin embargo, si se la tocaba con la mano parecía causarle dolor. La opinión general de los españoles fué que el Cacique representaba una farsa.

El padre Boil creyó por este indicio que Guacanagari había sido cómplice del asesinato de los españoles; fué de parecer que se le debía prender al instante y hacer en él un castigo ejemplar; pero acordándose Colon de las muchísimas muestras de adhesión que de él recibió, de su habitación incendiada, de las recientes cicatrices de sus súbditos, de la conformidad de todas las relaciones de los indios que se habían interrogado, se negaba á creerle culpable. El padre Boil que, en su cualidad de diplomático, creía juzgar los hombres con profundidad, se ofendió al ver la confianza que alimentaba Colon respecto al indio. Dijole el Almirante que era cuando ménos prudente disimular hasta que se tuviera la prueba irrecusable del crimen; y que, hasta en dicho caso, no convendría precipitarse, por temor de tener una multitud de enemigos que se opondrían en seguida al desembarque, y que valía más retardar el castigo del delito y hacerlo después más terrible.

Guacanagari regaló al Almirante ocho marcos y medio de oro, y una corona del mismo metal, piedras de diversos colores, tres calabazas llenas de polvo de oro y un gorro adornado con pedrerías. El Almirante le entregó algunos presentes que consistían en bagatelas de España, espejos de Venecia, alfileres y campanillas que el Cacique estimaba en un valor inapreciable; porque los indios preferían el cobre al oro.

Cuando el Almirante se retiró, el Cacique le acompañó hasta su buque, no obstante su herida. El aspecto de los muchos buques le dejó asombrado; porque él sólo había visto dos carabelas medianas en el primer viaje de Colon, y ahora se hallaba en un barco grande que parecía mandar al resto de la escuadra. Los



bueyes, asnos, carneros, cerdos, y cabras cuyas formas le eran desconocidas, le admiraron. La vista de los caballos andaluces le dejó estupefacto. Vió algunos caribes hechos prisioneros, cuya fiereza no habían domado las cadenas; no podía resistir la mirada feroz de aquellos enemigos indomables á pesar de los hierros que les sujetaban.

Otra parte del buque le llamó más agradablemente la atención.

Entre las diez indias que se habían quitado á los caribes y que se habían instalado á bordo de la *Maria Galante*, se hacia notar una jóven cuyo talle elegante y semblante de princesa había distinguido la tripulación que la apellidaba doña Catalina. Guacanagari le dirigió algunas palabras corteses con galantería real, acompañadas de una mirada de tierna simpatía (1). Á pesar de la diferencia de sus idiomas, se comprendieron muy bien, y delante de todos quedaron acordes en un plan que intentaron, sin que nadie lo recelara.

El Almirante convidó al Cacique á su mesa; dióle pruebas de confianza y amistad como ántes; y le dijo que deseaba ir á habitar cerca de él y edificar casas allí mismo. Respondió Guacanagari que le sería infinitamente agradable; pero que aquel sitio era mal sano á causa de su extremada humedad. Y era exacto.

Hablándole Colon de Dios y de Jesucristo, le invitaba para que se hiciera cristiano, y queria colgarle del cuello una medalla de la Virgen Santísima que traeria mientras no fuera bautizado; pero cuando el Cacique supo que era un signo religioso de los cristianos, se negó á ello. Fué necesaria la persuasiva insistencia del Almirante para decidirle á que guardara aquella insignia de un culto contra el cual le habían prevenido las mofas (2) y los salteamientos de los españoles que se quedaron en sus Estados. No obstante, á pesar de su deseo de corresponder á los testimonios de afecto de Colon, parecia experimentar una especie de sujecion y dificultad que indicaba mal presagio. El padre Boil encontró en ellas la confirmacion de sus sospechas; y como su costumbre de los negocios políticos le daba cierta autoridad en la manera de tratar, aconsejó otra vez que se le detuviera, mientras se hallaba á bordo, y se le declarara preso. El Almirante no quiso consentirlo. Habia algo inexplicable que le daba seguridades de la inocencia de su huésped.

Sin comprender exactamente Guacanagari el negocio de que se trataba, conocia muy bien por el semblante frio y serio de los españoles que no estaban ya en su favor como en la época del primer viaje del Almirante; que únicamente éste era siempre bueno y siempre venerable. No se hallaba á satisfaccion suya entre aquellos

(1) «*Conversus in unam quam Catharinam nostri vocabant, oculos semi fractos conjicere visus, eam blande allocutus est.*»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis primæ*, liber secundus.

(2) Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. XLIX.

hombres que le lanzaban miradas hostiles, y quiso volverse á su casa ántes de ponerse el sol.

Al otro día, dejáronse ver en la playa innumerables indígenas. Un enviado del Cacique se presentó al Almirante para preguntarle cuándo levaria anclas, y se le contestó que el siguiente día sin falta. Un rato después, so pretexto de cambiar oro, se presentó el hermano de Guacanagari á bordo de la *Maria Galante*. Evitando la presencia del intérprete Diego Colon, habló á las indias, y más particularmente á la hermosa Catalina, cerca de quien cumplió con un encargo del rey su hermano. Por la noche, al ir á terminar el primer cuarto, Catalina dió la señal á sus compañeras; deslizaronse sin ruido á lo largo de los costados del buque y se dejaron caer en las aguas, á pesar de la violencia de las olas y las tres largas millas que las separaban de la orilla. Una tea encendida en la playa les indicaba donde las esperaba el amor. La agitacion de las olas disimuló el ruido de su caída, y fué indudablemente causa de que no se notara por de pronto su evasion. El tiempo necesario para que los españoles echasen las lanchas al mar bastó á las indias para adelantar tanto, que la ligereza de las embarcaciones no logró impedirles llegar á tierra. «Costó todos los trabajos del mundo el poder alcanzar más de cuatro con las lanchas, y sólo se las pudo coger en el mismo instante en que salian del agua (1).» La hermosísima doña Catalina logró internarse en los bosques.

Luégo que hubo amanecido, el Almirante envió una comision á Guacanagari pidiéndole la restitution de las fugitivas. El oficial encargado de la demanda no encontró ya al Cacique ni á sus súbditos: la aldea estaba desierta y silenciosa. Los habitantes habían huido llevándose todo cuanto poseían: provisiones, mobiliario, utensilios. Esta desercion acabó de confirmar las sospechas acerca de la complicidad de Guacanagari (2). Sólo Colon se abstuvo de condenarle.

### § III.

El presidente de la comision topográfica anunció que había descubierto un puerto que reunia todas las condiciones convenientes. Mientras se dirigian á él, cambió el tiempo, que se puso contrario; estaban aprobeados al viento. Muchas más fatigas costó hacer treinta leguas hacia atrás, que no se habían padecido para llegar desde España. No obstante, esta contrariedad tuvo sus ventajas. Viéronse

(1) Doctor Chanca, *Carta á los SS. de la municipalidad de Sevilla*.

(2) «*Fuisse nostros ejus consensu interemptos suspicionem adauxit.*» — Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis primæ*, lib. II.



forzados á detenerse en una costa muy abundante de pescado, provista de un excelente puerto, cerca de dos ríos cuya agua ligera y cristalina bañaba un suelo extraordinariamente fecundo. Á tiro de ballesta abundaban las piedras propias para la construcción. Á espaldas de la meseta había un espeso bosque, y en un grupo de rocas que dominaba el puerto se hallaba una fortificación natural, cómoda para hacerla inexpugnable. Así pues decidieron no ir más lejos. El doctor Chanca juzgaba «aquel lugar el mejor situado del mundo,» y pensaba que la Providencia había guiado allí la escuadra para proporcionarles un refugio contra el temporal.

Á últimos de diciembre desembarcaron por fin en aquel punto los hombres y los animales, igualmente fatigados de una navegación de cerca de tres meses, durante la que habían estado igualmente sujetos á ración exigua, por exigirlo así la prudencia, á fin de vivir prevenidos para las eventualidades que pudieran retardar el desembarque. La mayor parte de los españoles, no acostumbrados al mar, tomaron posesión con indecible regocijo del verdor, de las olorosas sombras y de los frutos desconocidos de aquella región, donde, debajo un follaje siempre verde, hacían sus nidos los pájaros como durante la primavera en nuestra Europa.

Encerráronse las provisiones, municiones y equipajes en casas de madera que se construyeron inmediatamente.

Después de haber Colon mandado fijar las demarcaciones y determinado las proporciones convenientes, puso en seguida en nombre de la Santísima Trinidad, la primera piedra de la Ciudad nueva que adornó con el tan amado nombre de Isabel.

Como en su pensamiento el servicio de Dios se anteponía á cualquier otro, la iglesia fué el primer edificio que se comenzó, y se adelantó con tanta actividad su construcción, que, el 6 de enero, aniversario de la entrada de los Reyes en Granada, fué celebrado en ella un oficio solemne por el Vicario Apostólico, asistido del padre Juan Perez de Marchena y de los doce religiosos que consigo había llevado el padre Boil.

Sólo tres edificios públicos fueron construidos de piedra; las casas de los particulares se hacían empleando madera, tierra y cal. La mayor parte no eran más que barracas de madera. Cada cual se dejaba llevar del deseo de asegurarse una habitación de su propiedad: de manera que, en pocas semanas, la ciudad de Isabel tomó el aspecto de una pequeña población. Al propio tiempo sembraban al rededor de la habitación legumbres, cereales y otras plantas que se desarrollaban con asombrosa prontitud. Los indios, á quienes tranquilizaba la afable presencia del Almirante, ayudaban con afán á los españoles en sus labores, y se consideraban magníficamente pagados con unas cuantas bagatelas de Europa.

Colon se multiplicaba y estaba en todas partes á la vez, á fin de acelerar la con-

clusión de Isabel, la primera ciudad de los castellanos en el Nuevo Mundo. Aquella incesante fatiga minó sus fuerzas, y enfermó, sin que su espíritu perdiera nada de su actividad. Mientras velaba por la fundación de la colonia, se informaba de los medios de conducirla á su prosperidad. Interrogaba frecuentemente á los naturales acerca del interior de la isla, y enviaba una carabela, para que le diera la vuelta, con el encargo de levantar el plano de sus costas. Asegurábase que la ciudad de Isabel era la natural salida de las minas de oro de Cibao, situadas á tres jornadas de camino.

El gozo de esta noticia se disminuyó por la invasión de una enfermedad casi epidémica que hizo se rindiera el valor de los más osados expedicionarios.